

ma tarde me devuelva usted mi pelo, mi retrato y mis cartas!

—Pero . . .

—¡Nada más tenemos que hablar!

Se subió de nuevo a la carreta y me volvió la espalda en la que aún brillaba un parchón de vinagre con mostaza.

Me quedé aturdido moral y materialmente con un ojo amoratado y lagrimeando, viendo con el otro candelillas y con un rajón longitudinal en mi pantalón nuevo: obra de un varal de la carreta. Ya ésta se perdía de vista cuando me decidí a recoger la montura y volverme a San José; pero en mi atolondramiento no había reparado en que el retinto se había vuelto a su caballeriza y que yo quedaba a pie y con el peso de la montura. La cargué unas doscientas varas hasta depositarla en casa de la lavandera ña Fulgencia que vivía a orillas del camino real; me hice la primera cura del ojo y bajo un sol de cuero volví a San José, entrando a casa como a las diez de la mañana, dando a todos los diablos a todos los retintos habidos y por haber y jurando solemnemente no volver a aceptar almuerzo campestre hasta no tener caballo y aperos propios.

La Patria, 16-11-96.

MI PRIMER EMPLEO

Los corredores del Instituto Nacional, antigua Universidad de Santo Tomás, apenas si podían contener al numerosísimo concurso que en estrecha apretazón principió a llenarlos desde las once de la mañana. Las paredes habían sido blanqueadas con cal de concha finísima, los pedestales de las columnas tenían su mano de color de siena quemada y por todas partes se acusaba el reciente paso de la escoba y la regadera: el gran salón de actos públicos, con su cielo artesonado con estrellas de cedro y su piso lustrosísimo, lucía camisa nueva; la brocha gorda untada de ocre color de cielo, había suplantado a las preciosas delineaciones de Fortino, ya descascaradas por el tiempo; colgaban desde el muro los tres retratos característicos: el del padre Madriz, con su birrete de ramo de oro en la diestra apoyada sobre amplia biblioteca; el del padre Goicoechea, con el pie desnudo y con su feísima lápida al lado derecho, en la que campeaba una inscripción

latina, llena de correcciones, y el del Doctor don José María Castro, mostrando un pergamino con la «Ley de erección de la Universidad», con una pluma de ave en la derecha y sus cruces de la Legión de Honor en la solapa del frac. En los testers de los extremos, rodeados de banderolas tricolores, se destacaban escudos nacionales con todas sus lanzas, bayonetas, cañones y balas que hacen de nuestro emblema el más pretencioso de cuantos consigna la heráldica. Entre dos puertas del lado oeste del salón y en el centro, una amplia mesa cubierta con rico tapete verde galoneada y rodeada de cómodos sillones, estaba destinada para la Presidencia y Concejo; al frente de ella mostraba su negro fondo una bien embreada pizarra o tablero con sus barritas de tiza forradas de papel verde; del lado del sur y en forma de lunetario de teatro, había más de trescientas sillas de petatillo, amén de varias bancas lisas de madera, todo destinado al público; e igual cosa al lado norte, sólo que las primeras filas estaban dedicadas a los colegiales que iban a recibir en ese día, solemnemente y de manos del Presidente de la República, unos sus medallas, otros sus objetos de pre-

mio, otros sus certificados honoríficos y todos la bendición de la patria y la voz de aliento de sus conciudadanos. La Banda del Cuartel Principal, con su uniforme de gala, llenaba el recinto con las ondas sonoras de sus metálicos instrumentos; a su cabeza, correcto y embebido en el cumplimiento de su delicado encargo, daba las entradas y revistaba su tropa el tambor mayor; de quien ya entonces corría la frase de «Me gusta a mí Malaquías por lo asiao que toca», forma vulgar pero expresiva, que denotaba el talento músico del aludido.

En el comedor del Colegio, adornado con uruca y vástagos de plátano, que suavizaban la brillante luz del sol, lucía blanquísima e interminable mesa cubierta de pastelillos, piononos, merengues, mantecados, pilas de naranjas del Mojón, granadillas, olorosísimas piñas llenas de banderitas de papel, botellas rebosando aguas frescas de goma, grosella, vainilla y limón, ejércitos de copas de colores dispuestas para recibir los helados sabrosísimos, y cientos de vasos quebrando la luz en millones de arcos-iris al lado de las panzudas botellas de cerveza «Estrella» y de «Pale-Ale». De aquel departamento era Jefe

espedito Germán Chávez con su compañía de mozos listos, aleccionados por don José Trinidad.

Y por todas partes, señoras y caballeros de lo más alto y encopetado codeándose republicanamente con artesanos y agricultores de chaqueta de fino paño y de mano callosa y semblante afable y honrado.

En correcta formación en el corredor de la entrada, con nuestros sencillos y elegantes uniformes azules galoneados de oro, estábamos los agraciados, los héroes de la fiesta: allí estaba Isidro Marín con el cuello embutido en el saco, pelado al rape y mordiéndose los raros pelillos de su siempre naciente bozo; a su lado y rebosando salud y vida, rubio tirando a rojo y con su buen kepis, obra de Pisuso, se paraba de puntillas Pío Murillo, ansioso de ver la entrada del Presidente; y allí Juan Umaña con su talante de Hércules Farnesio, llena la cabeza de ecuaciones, teoremas y logaritmos, departiendo con su sonrisa franca con Jorge Castro Fernández, quien lucía uniforme nuevo, botines de charol y melena de artista estilo Bertoglio. Componía el lazo de la corbata a Octavio Béeche, Melico Echeverría, con hermosa leontina de oro

asomando entre dos ojales de la pechera azul; y hacía cosquillas en las orejas y nuca, con aire disimulado, a Alberto Gallegos, Jenaro Gutiérrez, mofletudo y gozoso, con risa de asmático. Y allí Ramón Castro Sánchez y Alberto González Ramírez, Nicolás Chavarría y Guillermo Obando y Francisco Zamora y Daniel González y Nicolás Oreamuno y Francisco Jiménez Núñez y Próspero Calderón y León Guevara y Vidal Quirós y Elías Chinchilla, otros más que ahora no recuerdo y Magón, de catorce años, con un ojo rasgado por feísima cicatriz, pelo herrumbrado y cara pecosa; pero con el alma llena de auras boreales y la cabeza de dorados sueños.

A nuestro lado, aconsejándonos tener sangre fría y dándonos aliento y confianza, nuestros profesores, nuestros segundos padres: Bertoglio, de hermosa y brillante melena, bigote digno de un Príncipe de la Casa de Saboya que acariciaba constantemente con su mano aristocrática, la otra en la cadera, cubierto con magnífica levita negra completamente abrochada. Juan de Dios Céspedes acentuando la *v* de corazón y recordándome con frase pausada mi tesis de acto público: el sodio y el potasio. El Doctor Venero con

gafas de oro, sombrero de copa y voz estentórea. El Doctor Zambrana con sus patillas negrísimas, los ojos entornados y su aire de superioridad y distinción y su torrente de brillantes frases contenidas por el blanquísimo dique de su hermosa dentadura. El viejito Twilight con su sombrero de clack, su semblante dulcísimo orlado de barbilla gris y su sonrisa siempre cariñosa, mezcla de placer y de tristeza; y el chispeante Chemo Castro, amigo más que maestro, con la broma fina siempre al borde de los labios y el consejo saludable en su mirada cariñosa; y el macho Charpentier con la arrogancia de un buen mozo y justo orgullo de profesor de 25 años, pantalón de militar francés y su *toilette a la brosse*; y el padre Ulloa con su cara oval y bien afeitada, su fina cabeza rizada, su hermoso anillo, sus vueltas moradas en los puños sobre finísima sotana de la que brotaba penetrante perfume, con sus zapatos de charol con hebilla de plata, su bastón de barba de ballena, su sombrero de castor reluciente y dirigiéndonos miradas tiernas que nos llenaban de alegría y palabras suaves que nos cubrían de placer: y como Jefe de aquella brillante escolta, como Comandante de aquel

nobilísimo escuadrón, el Doctor Ferraz, el viejito don Valeriano, el Director del Instituto, con sus pobladas cejas, haciendo sombra a los anteojos de oro, nariz recta y perfilada como la de Julio César, con su barba blanca bien cuidada y recortada y su abierta y volante levita negra, recorriendo con paso rápido todas las secciones y conferenciando con sus segundos jefes; el inolvidable Torres Bonnet de largas y puntiagudas patillas, de ojos saltones e inteligentes, de larga y rígida cabellera y de seco y serio continente que hacía resaltar más la suavidad y afable porte de don Manuel Veiga, con su barba al estilo «Amadeo» y su s silbante en la obertura central de los labios.

—¡Firmes!, gritó un jefe militar. ¡Presenten, armas!

Malaquías inició el Himno nacional; todas las cabezas se volvieron hacia la puerta de entrada, todos los chiquillos estiraron el cuello dirigiendo las miradas al mismo sitio y un profundo silencio, mezcla de curiosidad y de respeto, hizo más sonoro el redoble del tambor que anunciaba en unión del clarín, la llegada del Excmo. señor Presidente de la República, Benemérito General don Tomás Guardia.

Entró el General Guardia con su brillante uniforme de gala, sombrero elástico coronado de ancha pluma de avestruz, frac azul cubierto de bordados de laurel y encino, pantalón de ante con anchísimo galón, bota de charol hasta la rodilla y espuela de oro; ceñía banda escarlata y espada damasquina cubierta de pedrería, calzaba finísimo guante de piel de Suecia y colgaba de su pecho valiosa placa de brillantes; iba a su derecha el Ilustrísimo Señor Obispo, doctor don Bernardo Augusto Thiel con la sonrisa inseparable en su sonrosada faz, anillo de gruesa esmeralda orlada de diamantes y preciosa cruz pectoral de oro recamada de piedras finas, su faja de púrpura, su sotana morada y su castor con borlas verde y oro. Le hacía *pendant* a la izquierda del General, el Doctor don José María Castro, Ministro de Instrucción y Rector de la Universidad, luchador constante por la instrucción pública, que era su culto, con frac y pantalón negro, chaleco blanco escotado, sombrero de copa, botín de cabritilla, guante blanco, pechera de lino alforceada, bastón negro con puño de oro y borlas, y su barba en forma de barboquejo y con el bigote afeitado. Seguían a respetuosa distancia, Jefes

militares, Magistrados, empleados de alta categoría, alto clero y numeroso escuadrón de edecanes.

El salón fué invadido por la multitud ansiosa de coger campo y previos los discursos de estilo, se dió principio al acto público y solemne de la distribución de premios.

Los alumnos fuimos colocados en las sillas destinadas para el caso al lado derecho de la mesa presidencial. Después de las disertaciones y exposición de las tesis, el Director, en pie, leyó con voz clara los nombres de los discípulos premiados; cada vez que se prendía del pecho una medalla, un murmullo de aprobación se levantaba de aquel millar de cabezas; una segunda promovía calurosos aplausos; una tercera hacía el efecto de un trueno; una cuarta rayaba en delirio, y una quinta apagaba el aliento causando un profundo silencio más elocuente que todos los bravos.

Allá en un oscuro rincón de la sala y detrás de una espesa cortina, limpia y modestamente ataviado, dando vueltas con nerviosa inquietud entre sus manos frías a su sombrero de pita, con un nudo en la garganta y una lágrima pugnando por saltar a la bronceada mejilla, un hombre de cuarenta

años, de enérgica mirada, de espaciosa frente, de barba rala y bien cuidada, tenía clavados en mí sus ojos de lince con una expresión de ternura indefinible; sobre mi pecho brillaban cinco medallas de primera clase, como en el de Béeche, como en el de Obando, como en el de Gallegos. El Rector, Dr. Castro, se había dirigido a nosotros y con frase que la emoción hacía temblar en su garganta, nos daba las gracias en nombre de Costa Rica, «hoy risueñas esperanzas, mañana firmes columnas del templo sagrado de la República», decía el bondadoso Rector, abrazándonos con la mirada como si fuéramos sus hijos; el Sr. Obispo nos alentó a seguir por la hermosa senda que el porvenir nos tenía abierta, sin descuidar por eso el cultivo de las virtudes de nuestros padres y llevando siempre como égida las saludables máximas de nuestra Santa Fe; El Presidente nos abrazó con paternal cariño. Cuando yo estaba en sus brazos, dirigiéndose al Doctor Castro, le dijo: «Doctor, este joven es pobre, tiene que abandonar sus estudios si el Gobierno no le ayuda; como yo me iré muy pronto, no olvide darle un empleo adecuado a sus circunstancias».

Yo me retiré a mi asiento con el corazón que no me cabía en el pecho, trémulo de emociones encontradas, orgulloso por el triunfo y rojo hasta la punta de las uñas; el caballero de la cortina me devoraba con los ojos nublados de lágrimas y con una sonrisa que más parecía mordisco y una alegría infinita que más parecía dolor: era mi padre, mi maestro, mi mejor amigo; me abrí paso entre la apiñada multitud y caí en sus brazos que casi me ahogaban con el violento apretón. Después, con aire sereno, me dijo: «Muchas gracias, hijito, ha cumplido Ud. con su deber»; y arrancándome las medallas de mi pecho, las guardó silenciosamente en el bolsillo de su levita y tomándome de la mano me llevó a despedirme de mis queridos maestros.

Los corrillos levantaban alegres voces y sonoras carcajadas, el comedor estaba lleno de gente, la banda tocaba sus más alegres valeses, y en medio de aquel océano de cabezas, entre el perfume de las flores, el aroma de las frutas y los ecos de las voces y de la música, salí con mi padre a estrechar entre mis brazos y cubrir de caricias a mi madre, quien sabedora de mi triunfo me esperaba riendo y llorando a la puerta de mi hogar.

.....
.....
El Doctor Castro cumplió la palabra empeñada por el Presidente de la República. En un gran pliego con el membrete del Ministerio de Justicia, recibía yo mi nombramiento ¡mi primer empleo!

Portero-escribiente del Juzgado del Crimen, con ocho pesos cincuenta centavos de sueldo mensual.

Ya era firme columna del templo sagrado de la Patria.

La Patria, 23-II-96.

V ¿QUIERE USTED QUEDARSE A COMER?

EN aquellos dorados tiempos una invitación a comer, lanzada a quemarropa por el jefe de la casa, siendo ésta de medianas comodidades, era un verdadero motivo de turbación general, que bien merece los honores de la descripción. Hoy los buenos hoteles y restaurantes son un enorme y seguro recurso del que en el año de gracia de 1876, hace veinte años, no se podía echar mano por varias razones: la primera, porque no los había; la segunda... omito las demás.

—Bueno, pues, me voy porque ya son las tres y media y...

—¡Pero hombre!!Cómo va usted a irse con semejante aguacero!

—Es que en casa me estarán...

—De ningún modo, quédese usted a comer con nosotros; aquí no hay más que plátanos y picadillo, comida de pobre, pero siempre es bueno hacer penitencia...

—Siento tanto molestarlos, pero...

—No es molestia, aquí, como en su casa.

—Permítame un momento, voy a avisarle a Toribia.

—Pero que por mí no....

El convidado forzoso se quedaba solito en la sala contemplando los retratos de los abuelos de sus víctimas, en tanto que el dueño de casa, todo demudado, con cara de viernes de cuaresma, comunicaba la fatal noticia a su costilla, con voz de confesionario.

—¡Toribia, don Esperidión se queda a comer!

—¡Ave María Purísima!

—¡Cómo querías que lo dejara ir con este aguacero!

—¡Bueno, pues yo qué! ¡Vos sabés que ña Chepa tiene muy fea cuchara y que hoy es viernes y no hay olla!

—Andá vos a ver qué preparan y date ligero, porque ya son casi las cuatro.

—¡Pues hijito, afloje el pollo, a ver quién lo mete en camisa de once varas: hay que mandar a la pulpería a comprar fideos para la sopa, porque la que hay es de guineos celes y traer siquiera un diez de pan, porque es muy feo poner tortillas; además no hay huevos y habrá que mandar por unas piccitas y zapotillos de donde las Fernández, porque ¡yo no

me animo a darle a ese bendito señor del dulce de chiverre!

—Yo no tengo más de estos diez reales. Vos ve a ver cómo te las componés, porque me da pena dejarlo solo en la sala y voy a acompañarlo.

—Entretenelo siquiera un buen rato.

Don Benigno volvía al lado de don Esperidión con la sonrisa en los labios, en tanto que la pobre doña Toribia acudía presurosa a remediar el mal con más susto que si tuviera el cólera en la vecindad.

—Ña Chepa, tenemos convidado a comer a don Esperidión, ¡mire que apuro! ¿Hizo las empanadas?

—¿Yo diónde? ¿pos no vido que hoy casi no mandaron posta?

—No me salga con eso, ña Chepa. ¿Y ahora qué hacemos? ¿De qué es el principio?

—Pos angú.

—¡Jesús, María y José!

—¿Y díai, de qué quería que juera? No hay verduras, ayer se acabó el repollo y yo se lo avisé esta mañana.

—Pero ña Chepa, caramba, podía haberme...

—¡Hora sí que estamos galanos! ¡Hombre! ¡Eso faltaba! Yo no estoy necesitada de estar prendida al fogón pa manteneme; si lo hago,

es por cariño a don Benino, pero tampoco pa que me venga usté...

—¡Uy! pero cálese, ña Chepa, que la va a oír ese señor...

—Pos no me venga a echar la culpa de....

—Pero si yo no digo que usted tenga la culpa, ña Chepa... ¿Yo le he dicho algo?

—No, es que uno porque es probe tiene que aguantar.

—¿Pero yo en qué la he ofendido, ña Chepa?.. ¡Ve, ya se quemó el lomo!

Un ruido semejante al de un chorrillo de agua cayendo de plano en una laja, salía del fondo de una cazuela y un olor de pavesa de candela de sebo se esparcía por la cocina y pronto por toda la casa, yendo a poner en grave sobresalto al bueno de don Benigno.

El percance se subsanaba con un poco de agua caliente y hacía olvidar el pasajero choque de ama y cocinera. Esta, con una trompa de a jeme y aire altanero, se encaraba a su patrona.

—Bueno, pues eche acá la plata pa ir a mercar lo que haiga que trer.

—¡Pero va volando, ya está aquí!

La cocinera se encajaba el rebozo azulejo y salía escapada a hacer las compras, en tanto

que doña Toribia, después de atizar el fuego y pasar revista a la escuálida despensa, emprendía la difícil tarea de poner la mesa.

Nuevos apuros y nuevos obstáculos que vencer: no había más que dos platos hondos, una fuente un tanto resquebrajada, cuatro platicos de diferentes colores y formas, solo una cucharita de estaño, amén de torcida y deslustrada, los cuchillos mango de hueso, cachiflojos, el mantel con un parchón de caldo de frijoles semejando el mapa de Africa y varios islotes y archipiélagos de achiote y yema de huevo; servilletas ni una y vasos ni dos.

Ña Chepa llegaba ahogándose con las compras y tirando el rebocillo sobre el cajón de la basura, se prevenía para hacer milagros.

—¡No se descubije, ña Chepita! Corra donde doña Mónica, la mujer de don Sinesio Retana, y dígale que digo yo que si me hace el favor de prestarme cuatro platos hondos, dos cuchillos, tres vasos, tres servilletas y tres cucharitas, que es que hoy se queda a comer don Esperidión, que yo se los cuido mucho y que a la noche se los devuelvo. ¡No se le olvide nada, corra!

Volvía a salir ña Chepa como una exhalación y mientras tanto, la apurada doña Toribia

ponía los fideos y daba la primera mano a los platos complementarios.

Por fin llegaba ña Chepa con la mitad de lo pedido y con mil recomendaciones de parte de la servicial doña Mónica de Retana, la que mandaba recordar que todavía no le habían devuelto el salero que les prestó el martes, ni el hacha que les prestó el sábado.

Ama y criada, febriles y sudorosas, se multiplicaban y de sus torpes manos iban brotando unos cuantos manjares de dudosa bondad y tristísima apariencia.

Don Benigno había ya agotado todo su arsenal de chistes; don Esperidión pugnaba por atajar enormes bostezos, el aguacero no escampaba y ya eran las cinco y cuarto de la tarde, cuando doña Toribia, previo un lavado de manos y un arreglo ligero de las mechas del ahumado cabello, aparecía en la puerta de la sala con una «pañueleta» sobre los hombros, un par de chapas rojas en las mejillas, los ojos llorosos a causa del humo y un trapillo amarrado al índice de la mano izquierda como vendaje de alguna reciente cortada o quemadura.

—¡Buenas tardes, don Esperidión! ¿Cómo está la niña Salomé? Dispense que no hubiera salido antes a saludarlo, pero...

—¿Cómo está, doña Toribia? Siento tanto haberla puesto en molestias, pero Benigno se empeñó y...

—No diga eso, ¿qué molestia va a ser? Ud. es el que tendrá que dispensar; pero, ¿quién lo iba a saber? Ayer se me fué la de adentro, a Uladislao lo tengo con la cara hinchada y ña Chepa, la de los Anonos, que tengo ahora de cocinera, no sirve para nada. Pero vénganse a comer, que ya son casi las seis; ¡qué temeridad, pobre don Esperidión, no sabe cuánto lo considero!

Seguían excusas de don Esperidión, golpecitos en la espalda dados a éste por don Benigno, a la vez que por encima del hombro dirigía una mirada a su mujer que quería decir: «¿Qué hubo?», una mueca de aquella que significaba: «Se ha hecho lo posible» y huésped y matrimonio se encaminaban al comedor, llevándose de paso a Uladisladito o Lalito, fruto de bendición, de seis años de edad, soltero, escolar y de este vecindario, a quien aquejaba atroz postemilla y arrollaba las quijadas un gran pañuelo verde, dejando a media luz el rojo y abultado carrillo.

La mesa presentaba un aspecto pintoresco, mezcla de pobreza rayana en miseria y de

ostentación rayana en ridículo. Sobre el Africa del mantel y disimulando desde Nueva Guinea hasta el Mar Rojo, la bandeja llena de pan francés en rebanaditas transparentes; un salero ancho rebosando sal criolla por sus bordes de vidrio fundido, cubría a medias uno de los archipiélagos, en tanto que un río amarillo de huevo con afluentes de achiote iba a desembocar debajo del plato sopero de don Benigno, ocultando su cauce entre las servilletas y a la sombra de las cucharas.

Los platos llanos, con flores azules de loza ordinaria, se sentían humillados por los hondos de fina porcelana, con orilla de oro y letrero gótico «Mónica de Retana», entre corona de laurel. En el centro lucía su desfachatez rubicunda una tinajilla criolla sudando agua fresquísima de la que estaba henchida, y parecía desafiar con los bracillos enroscados a un enorme vaso de postrera, color de cielo con estrellas rojas, imitación de cristal de Bohemia, que ocultaba una disimulada rajadura volviendo la lesión hacia el puesto de Lalito.

Ña Chepa, con las enaguas domingueras y un larguísimo delantal de muestras, hacía veces de sirviente y dió principio a su tarea con la humeante sopa de fideos de cuerda.

Lalito abrió desmesuradamente los ojos, o mejor dicho el ojo del lado sano y con voz chillona exclamó «¡Eh, fid...!», cuando un pisotón diestramente dirigido por doña Toribia, le cortó el aliento, a la vez que su padre le torcía los ojos. Los fideos estaban un si es no es duros y faltos de sal, aunque abundantes de soles de manteca amarillenta. Don Esperidión ya casi había concluido de tragarse la sopa, cuando doña Chepa le arrimaba al codo la fuente con el lomo en salsa de sebo rechinado, rodeado de papas color de herrumbre. Un codazo del huésped hacía rodar una papa hasta la bandeja del pan, dibujando un nuevo y caudaloso río, pero Lalito salvaba del océano a aquel náufrago trasladándolo tranquilamente a su plato con la punta de los dedos.

—¡Chepa!

—¡Jué que...

—¿Qué es eso, Lalito, no se le ha dicho que?..

—¡No lo regañe, pobrecito!

El lomo no se dejaba cortar, cada fibra parecía un nervio y cada nervio parecía una correa; las papas navegaban en el mar de sebo rojizo, hasta que un esfuerzo heroico de don Benigno lograba desprender una tajada, que con su correspondiente salsa y papa iba a dar

al plato de don Esperidi3n, que se entretenía en hacer bolitas de miga de pan.

El arroz llegó en plato hondo con su dorada costra.

—Mamá, deme costra de esa, decía Lalito señalando con el labio inferior el plato de arroz.

—¿Cómo se dice, ya se le olvidó?

—Hágame el favor, por vida suya, de darme costra.

Don Benigno tosía para atraer la atención de don Esperidi3n; Doña Toribia se mordía los labios y para calmar la tormenta servía costra a Lalito, quien la recibía con la mano y la engullía con un ruido de máquina de picar piedra.

Iguales o parecidos lances ocasionaron un improvisado guiso de plátano maduro con pedacitos de carne, un plato de tomates con masa y unas vainicas envueltas en huevo.

—Coma de estos tomates.

—Gracias, señora, ya he comido mucho y estoy que reviento.

—No sea así, si nada ha probado, el lomo lo dejó, no tomó casi nada de sopa y...

—Bueno, pues hágame el favor de servirme una cucharadita... ¡Basta!

—Pero revuélvalos con arroz; y vea, estas

vainicas no están tan feas... ¿le pongo un barbudo?

—Después, gracias.

Así concluía la primera parte de la comida.

Doña Toribia instaba a don Esperidión para que se tomara la postrera, éste se excusaba pretextando que no acostumbraba esa bebida, don Benigno y hasta Lalito hacían coro a doña Toribia y tanto comprometieron al huésped que por fin lo decidieron.

Don Benigno alzó el brazo para alcanzar el consabido vaso, en tanto que Lalito mostraba sus adelantos en el deletreo leyendo la inscripción del plato en que se habían servido las piezas y zapotillos: «M...o...Mo...n...i...ni...Moní...c...a...ca...Moníca». Doña Toribia le dió otro pisotón y el chiquillo separando rápidamente la mano dió en el codo de su padre, lanzando media postrera sobre las barbas de don Esperidión. La confusión llegaba a su colmo. El padre furibundo, arrió un pescozón al chiquillo en la mejilla hinchada, reventándole la postemilla, Don Esperidión se limpiaba tranquilamente los pelos llenos de leche, Lalito ponía el grito en el cielo y doña Toribia, roja hasta la punta del cabello, pedía mil perdones al bañado caballero, en tanto que ña Chepa

esmorecía de risa agarrada al cajón de la se destiladera.

.
A las siete de la noche, bajo una mediana garúa, salía don Esperidión de aquella casa, lleno de achiote y manteca, con la corbata hecha un trapo y la camisa empapada.

Don Benigno, que lo acompañaba hasta la puerta de la calle con frases melosas y sonrisas dulces, cerraba con estrépito y se dejaba caer desalentado en un sofá; Lalito lloraba a moco tendido con una cataplasma de linaza en el cachete, doña Toribia no volvía del susto y ña Chepa, hartándose sentada en el quicio de la cocina, con hipo y dolor de estómago, hacía lluvias de arroz que botaba por entre los podridos dientes, a impulsos de una risa inacabable, cada vez que se acordaba de las barbas llenas de postrera del infeliz don Esperidión.

La Patria, 1.º-III-96.

UNA OBRA DE MISERICORDIA

✓

LA calle pública ha dejado de serlo desde hace seis días en una extensión de cuarenta varas; a cada extremo del trozo cerrado, sendas «alfajillas» sobre cajones vacíos forman la interrupción de la servidumbre de «a caballo y con carreta» como dicen las escrituras; está cubierta de aserrín la acera de la casa de mi amigo don Liberato Valerio, quien, según aseguran EL CEPILLO NACIONAL y LA ALCANCÍA DESFONDADA, órganos notables de nuestros dos grandes partidos, se encuentra enfermo de gravedad.

Las relaciones íntimas de amistad que desde hace muchos años cultivan felizmente nuestras familias, me obligaron a hacer una visita a mi estimado don Liberato, y una noche, como a las ocho, me encaminé hacia su casa, provisto de abrigo y de cigarrillos, útiles que, unidos a mi buena voluntad, me armaban de punta en blanco para poder quedarme a velar, si fuese necesario.

El zaguán de entrada estaba cubierto de alfombras y sacos viejos para amortiguar el ruido de las pisadas, y sobre la puerta que daba al enclaustrado corredor, brillaba la rojiza luz de una lámpara con reflector que cegaba al visitante; desde la entrada daba en las narices un fuerte olor de botica y un vaho de cocinilla de apluchar; en el corredor se se divisaban unos cuatro bancos y algunas sillas, unos y otras ocupados por parientes del enfermo y amigos de la casa.

Entré de puntillas con la debida precaución, pero aunque mis pisadas eran imperceptibles, las tablas crujían como mesa de amasar; no había recorrido ni la mitad del zaguán, cuando del corredor me lanzaron un scht... altanero con aires de regaño y ribetes de cólera comprimida, a la vez que todos los bultos sentados allá me imponían silencio con el índice sobre los labios abarquillados. Continué mi entrada con mayor torpeza y sobresalto, y un gran peso se me quitó de encima cuando por fin puse los pies sobre los ladrillos.

Todos los bultos se enderezaron para saludarme.

—Buenas noches, señores; siéntense, no se molesten, dije en general; y luego, dirigién-

dome a don Robustiano, hermano del enfermo, le pregunté con voz temblorosa:

—¿Cómo sigue don Liberato?

—Lo mismo, gracias, me contestó con voz en la que se coló un suspiro prolongado que alcanzó desde antes de la L, hasta después de la s.

Yo, que no sabía como había estado antes don Liberato, me quedé en la misma con el «lo mismo» de don Robustiano, pero el suspiro me dió a comprender que el caso era grave.

Tomé asiento en un baúl de cuero que encontré libre, con sus adornos de tachuelas, y poniendo cara compungida, me eché el sobretodo encima de las rodillas y esperé a que la conversación interrumpida a mi llegada, me diera la clave de la situación.

—¿Pero el sábado no se le habían bajado? dijo un futuro yerno de don Liberato, con el cuello del paletot levantado hasta las orejas y un pañuelillo de seda arrollado al pescuezo.

—Sí, desde como media hora después que arrojó, el viernes, ya sintió que se le bajaban; él se lo dijo a Mechitas.

—¿Y qué opinaron ayer en la junta?

—Pues Meléndez cree que habrá que hacerle

operación, pero Garay y el doctor Fulján opinan porque ya no es tiempo.

—Lo dije yo desde que supe que le estaban dando los cólicos hepáticos, dijo un señor gordo que hacía traquear un taburete, persona muy respetada en la casa, antiguo empresario de una fábrica de almidón;—cuando a mí me daban esos cólicos en Atenas, me dijo el doctor Merino que si no se me hacía la operación en el acto, no duraría un mes.

—¿Y se la hizo?

—No, pero fué que Atanasia me puso unos parches de aguarrás y estuve como dos meses a punta de hombre grande y vino de coyol serenado. Vea; el año de sesenta; no, mentira, el sesenta y... no... ¿cuándo fué que te compré el macho dos pelos, Tiano?

Don Robustiano miró el techo, engurruñó los ojos, y con la boca entreabierta, estuvo como un minuto revolviendo el canasto de su memoria; por fin, dijo:

—¡Ah!.. ¿el come-maíz? Como que fué el año...

—No hombre, el come-maíz fué el que le cambiaste a ñor Muñoz por la potranca azulaja, acordate.

—¡Ah! sí, el dos pelos... dijo en alta voz don Tiano, ¡el que te botó en Sorubres!

El señor gordo se puso como un tomate y ya iba a protestar, cuando un insolente scht, lanzado desde el aposento del enfermo, le cayó como un jarro de agua.

La señora de la casa, esposa de don Liberato, se dirigió al grupo, andando en la punta de los pies. Usaba una enagua negra llena de chorreones de esperma; un pañolón chinilla, hediondo a cataplasma, le cubría desde la cabeza hasta el cuello, en donde se arrollaba en apretado abrazo y un pañuelo de dudosa limpieza le ceñía las sienes comprimiendo un par de rodajas de papa a los lados de la frente.

—Hablen quedito, por vida suya; Tiano, hay que mandar a traer el unguento, antes que cierren la botica de don Bruno, y dos reales de esencia de clavo.

El presunto yerno saltó como muñeco de resorte y dijo:

—Yo voy.

—No se moleste, Toño, a usted le va a hacer daño tanta mala noche, está muy acatarrado y el sereno es lo peor que hay para el pecho.

—¡Adió, no tenga cuidado, Magón me presta el sobretodo, esto no es nada!

Doña Mercedes, o la niña Mechitas, como la llamaban sus amigos, me saludó untándome

la mano de belladona, de la que estaba cubierta.

—Buenas noches, niña Mechitas, ¿y cómo sigue don Liberato?

—Después de la última deposición se ha calmado mucho y dice Meléndez que el ronquido es más natural, y que si así sigue, tiene mucha esperanza.

El señor gordo, o sea don Tadeo Soflamas, volvió a enderezarse y con voz de chiflón, dijo:

—Lo mismo que a mí; ¿sabe con qué vino a aliviármeme el ronquido? con un collar de lágrimas de San Pedro amarrado aquí (y se ponía las manos en las caderas) y con los cojoyos del cirgüelo macho.

—Dicen que son muy buenos, pero que es mejor la cáscara del jiniocuabo con unos granitos de ipecacuana, insinuó don Tiano.

—Sí, pero el jiniocuabo es muy ventoso. Ve, en setiembre del setenta y uno, cuando la cosa del... No pudo concluir.

Un ruido como de lucha o pleito de garito salía del aposento; todos corrimos a prestar auxilio y doña Mechitas se lanzó al interior desatentada.

—¿Qué fué, qué fué?

—Que papá se cayó de la cama, por ir a alcanzar no sé qué de debajo y se dió un

golpe en el cachete con la pata de la mecedora, contestó toda azorada la novia de Toño, único fruto del amor de don Liberato, en tanto que medio tapaba las desnudeces del infortunado viejo, pero no tan bien que no pudiera percibirse que el caso no era tan grave como Meléndez creía.

Todos ayudamos a levantar en peso a don Liberato, a quien acomodamos de nuevo en la cama.

—Póngale una venda de vinagre en el cachete.

—¿No cree usted que con la calentura le haga daño?

—¿Tiene mucha?

—Treinta y nueve y dos quintos, y a esta hora siempre le sube.

—Entonces póngale una tela de araña y dulce raspado. A mí, cuando me clavé el vidrio... decía don Tadeo.

Todos nos volvimos para contener una carcajada, porque recordábamos que al pobre Soflamas se le había clavado un casco de botella en salva sea la parte, que lo imposibilitó para sentarse por más de un mes.

—¡Ahí está el doctor!...

Meléndez, pisando recio, con aire de «Comisario del Norte» y con una impertinente son-

risa de superioridad, se acercó al borde del lecho, haciéndonos el honor de saludarnos con una ligera inclinación de cabeza.

Se le refirió el último percance. Escarbó la herida de la mejilla con la punta de los dedos, con gravísimo dolor de don Liberato, quien encogió hasta el último tendón de la terrosa cara; sacudió el termómetro haciendo resonar el almidonado puño de la camisa, se lo entregó al paciente, quien lo acomodó en su nido, y dió principio al siguiente interrogatorio:

—¿Se puso el unguento?

—Sí, señor; pero no le ha bajado la hinchazón y sigue la misma dificultad para coger el vaso.

—A ver la lengua.

Don Liberato la sacó de a jeme, con riesgo de su dentadura postiza, y cubierta de un sarro amarillo-verdoso.

Así la tuvo largo rato, en tanto que Meléndez se informaba de algunos otros detalles como número y color de las deposiciones, apetito, etc.

Por fin sacó el termómetro, después de dar un vistazo a su magnífico cronómetro.

—¿Cuánto tiene, doctor?

—Treinta y ocho y siete décimos, va bien; ahora vamos a cambiar el tratamiento. Voy a

recetarle unas cucharaditas que tomará una cada tres horas y ya pueden darle algo sólido como pechuga de gallina o carne asada.

Don Liberato, con voz de chiquillo consentido, preguntó:

—¿No me dejaría usted comer unos pichones de itabo?

—Deveras, pobrecillo, desde ayer está con ese antojo, saltó la niña Mechitas.

—Absolutamente, dijo Meléndez.

Se levantó después de extender la receta en una hoja de su cartera, y se retiró ofreciendo volver al día siguiente.

Don Robustiano lo alcanzó ya en el zaguán:

—¿Cómo lo encuentra, doctor?

—No creo que haya desaparecido el peligro, pero ya hemos andado un gran trecho. Veremos mañana.

—¿Y la operación?

—La suspenderemos por ahora.

Soflamas arrebató la receta de manos de Mechitas y se puso a decifrarla.

Esp... alca...; sul... copr...; ess... trem.... Agse... ben... antes de usarlo.

—¡Ajá!—Espíritu de alcanfor, sublimado corrosivo y espérense a la tremenda; agáchese bien antes de usarlo. Vea, niña Mechitas, no le vaya

a dar a Liberato esta medicina; yo creo que Meléndez no le ha conocido la enfermedad.

—¿Por qué, don Tadeo?

—Porque esta medicina no se la daría yo ni a mi mayor enemigo, es una barbaridad; figúrese que le da sublimado corrosivo, fuera de otras cosas que sólo yo entiendo porque están en latín.

—¡No diga eso, don Tadeo! ¡Ave María purísima!

—Yo que usted, ahora mismo llamaba al doctor Nevercures, que ha hecho curas maravillosas en los Estados Unidos, recién llegado de París, en donde no quiso quedarse por no hacerle competencia a los de allá.

—¿Y si lo sabe Meléndez?

—Se le dice que nadie lo llamó, que fué que vino por casualidad, como amigo mío, y que no recetó nada.

—¡Yo no hallo qué hacer! Me da mucha pena con Meléndez; lo que haremos será no darle esa medicina que usted dice, y si mañana amaneciere lo mismo, vamos a ver que camino cogemos.

—Pues hagámole un remedio que es como buenó. Mire, se coge la raíz del perejil crespo, se machaca junto con unas semillitas de nabillo colorado y se ponen a hervir en una botella

de agua hasta que quede solo el asiento; después se coje una cabeza de ajo, se pela y se muele en una piedra junto con la hoja de espuela de caballero, se menea bien todo en una olla nueva de barro, a fuego lento y de eso se le unta en las pelotas hasta que le escueza. Al mismo tiempo le pone un parchito en el ombligo, de lágrima de candela y flor de ceniza. No deje de darle también cebada como agua de pasto y cuando le dé cólico, le cuelga una llave de la nuca y le pone una ayuda de cojollos de naranjo de China y hoja de güitite.

—¿Y eso es bueno?

—¿Que si eso es bueno? Pregúntele al padre Gumersindo que con qué se le quitó a él un miserere que le dió en Piedras Negras, el año de sesenta y ocho. Y que si no le hace bien, no le hace mal. Nada se pierde con tantear.

Como la receta de Meléndez estaba desechada y la de Soflamas era impracticable, se ganó la vida el pobre Liberato, por lo menos en esa ocasión.

Ya el paciente volvía a roncar con toda naturalidad con tamanca boca abierta, cuando el relojillo despertador dió las doce.

—Ya es la hora del alimento, dijo la novia de Toño.

—Déjenlo dormir, decía Tiano.

—Es que desde las ocho no toma nada; a las cinco se tomó una taza de sustancia con unas rodajitas de pan tostado; a las seis, un vasito de leche tibia y una tacita de atol de yuca con cascaritas de tortilla; a las siete apenas se bebió el chocolatillo con un polvorón, y a las ocho dejó como medio pichel de atolillo y no quiso probar las galletas de soda.

—No importa, el sueño alimenta, déjenlo dormir, dijo Soflamas.

Todos nos volvimos al corredor, en donde encontramos a Toño acostado en la mecedora y tapados los pies con mi sobretodo, del que una manga nadaba en la olla de las cataplasmas y con mi paquete de cigarrillos completamente diezmado, a extremo de no haber más que dos dentro del zurrón.

Doña Mechitas nos brindó una taza de café que aceptamos y bebimos casi frío, y don Tiano nos llamó aparte a que nos «arriáramos un buche» del coñac del enfermo.

Yo trinaba de frío y de cólera con el comodoso de Toño, la pérdida del abrigo y de los cigarrillos y de un billetito de a cinco pesos que al mismo había prestado para la compra

del ungüento y la esencia de clavo y cuyo vuelto no había visto ni vería jamás.

A don Tiano se le había encandilado un maldito raigón con el buche de coñac y don Tadeo se empeñaba en ensartarle en la caries el palillo de un clavo de olor, que según aseguraba, era como con la mano, pues a él, el año setenta y tres...

Mechitas se había ido a recostar mientras amanecía, y la novia de Toño se había quedado privada a la orilla del «molendero» con una cataplasma de pan y leche en la mano.

Aprovechando el oportunísimo momento que se me presentaba, arranqué mi sobretodo de las patas de Toño y sin volver la cara me escurrí hasta la calle, prometiéndome no cumplir jamás con el precepto de visitar a los enfermos, sin previa información de utilidad y necesidad.

La Patria, 8-III-96.

SIN COCINERA

ESTO del ramo de criadas está cada día «más a peor» y eso que en aquellos dorados tiempos no era muy bueno, que digamos; júz-guese por el siguiente lance ocurrido en casa de un amigo mío y vecino a fines del año de 1871, L.^o de nuestra Independencia:

Mi amigo don Fulgencio Buendía, secretario de no sé que juzgado y manso compañero de doña Soledad Fecunda, acababa de ser padre del sétimo heredero de su nombre y de su miseria—y como tras de un día malo viene otro peor—doña Soledad no quedó en situación de amamantar al niño, ítem más en poder de ña Asunción la cocinera, como único paño de lágrimas.

«Ña Sunció», que así la llamaban, se miraba en los ojos de la cara de Rosendo, su hijo legítimo de trece años y en los del rostro de Luzmilda, niña de meses, habida en una «des-gracia» que en su viudez habíale acontecido.

Todo el vecindario conocía el genio atroz

de la vieja y era víctima de las tunantadas del muchacho, quien en compañía de los niños mayores de don Fulgencio se había convertido en pandilla de bandoleros.

Ña Sunción llevaba ya once años largos de servir en casa de don Fulgencio, padrino de pila de Rosendo, y había criado a uno de los hijos de éste y chineado a los sucesores. Era por consiguiente, un mueble de la casa y sólo se esperaba el trascurso del término legal para levantar título, sin perjuicio de tercero de mejor derecho; ella gobernaba en los dominios de su compadre casi tanto como el ama, y gozaba tácitamente del ejercicio de patria potestad, sin cautela alguna preventiva, sobre todos los Buen-días a quienes, como ella decía, había visto nacer.

Serían como las dos de la tarde del día en que ocurrió el lance que voy a referir; doña Soledad, en completa ídem arrullaba al recién nacido y lo paladeaba con agua azucarada esperando a la chichigua que don Fulgencio andaba buscando en el Mojón desde las ocho de la mañana; los niños armaban bochinche en el patio jugando Mulita Mayor en compañía de Rosendo, y la chiquilla de la cocinera lloraba a más y mejor, descansando un minuto

para continuar media hora, metida entre un cajón vacío al lado del lavadero.

Rosendo había dado una patada a un Buen-día y tirado al otro entre un caño y ambas víctimas se habían vengado arrimándole una paliza digna de mejor suerte.

—Hora se lo voy a decir a mama.

—¡Andá decíselo, cara de tizón apagao!

—¡Corré con el cuento!

—¡Chanchos, eh, chanchos, sinvergüenzas, ladrones!...

Los denuestos lanzados en altas voces llegaron a oídos de ña Sunció, ocupada en ese instante en fregar una hermosa sopera de porcelana; darle contra el brocal del lavadero haciéndola añicos, y lanzarse en auxilio de su negro, todo fué uno.

—¿Qué jué, Sendo?

—Que estos chancletudos me pegaron con un palo en la nuque, porque yo no quise servirles de Mulita Mayor y... (decía el negro soltando el llanto y haciéndose el desnucado).

—Mentira, ña Sunció; fué que él me dió antes una patada y a Chico lo botó en el caño.

—Pa qu'es eso, yo no lo hice al propio, jué que me resbalé y por eso me pegaron y...

Ña Sunció, amoratada de rabia y con los

ojos echando chispas, agarró de un brazo a Rosendo y reventándolo en medio patio, exclamó:

—¡Cómanselo, jártenselo, si pa eso es que yo lo he criaio, pa que sea comida de hoci-cones! ¡Y te vas callando, negro de toditos los diablos, que ya me tenés l'alma podrida; eso te pasa por andarte juntando con esos príncipos; bastante te lo he pronosticaio, y lo que es hoy me las pagás todas, vagamundo, que no considerarás a tu madre!

Y daba vueltas como leona acosada alrededor del negro, blandiendo un enorme palo de leña.

Luzmilda daba gritos atroces entre el cajón, aterrorizada y los Buendías habían corrido a refugiarse en el aposento de doña Soledad.

Ña Sunció le arrimó cuatro garrotazos al negro, sin dejar de hablar un solo instante y colmarlo de insultos y por último lo encerró en el cuarto de la leña.

Después se acercó a la chiquilla:

—¿Y vos por qué llorás?

—¡No, mama! balbuceaba la niña.

—¡Te callás vos también, chorriada! ¡Con bien te murás, pa ver si así no te jartan también porque sos descalza! ¡Silencio! Y le tapó groseramente la boca a extremo de sangrarle

los labios. La niña estaba casi asfixiada, cuando afortunadamente llegó don Fulgencio, hambriento, sudoroso, empolvado, acabando de desmontar a la puerta de la calle.

—¿Qué es ese bochinche, Sunción? ¿Por qué estás maltratando esa criatura?

—No venga hora a calentarme la jupa, don Fulgencio, que ya estoy hasta la cincha de infusticias, ya yo y mis hijos no somos en esta casa más que el olote de todo el mundo y hora mismo me voy.

—¿Pero qué fué lo que le hicieron a usted y a sus chiquitos?

—Nada, es que uno no es más que el palo de rascase de cuanto chancletudo le da la gana de fregala, y no porque uno es probe y vive largo tiene uno por qué aguantar.

—Pero hágame el favor de explicarme qué ha sucedido.

—Pos que los muchachos han cogido de trompo de ñiques al pobre negro, y yo se lo alvertí a usted cuando me concerté, que yo traiba al negro; y él es muy noble y no se mete con naide ni nada les está comiendo ni rasgando pa que se lo jarten; y hora mismo me largo de aquí, que lo qu'es comida a mí ni a mis hijos nos ha de faltar, primero Dios

y mi sudor de mi frente, decía ña Sunción hecha un mar de lágrimas, pasándose el índice tendido por la rugosa frente y haciéndolo chasquear como látigo.

—¿Y nos deja solos en la situación en que nos ve? Eso es tener mal corazón.

—Pos por las que me amarro que hoy mismo me voy y es ya, porque una no está necesitada de que la avasallen sacándole que sus hijos son unos tales por cuales y safo de esta casa, onde quiera me los reciben con gusto y no les restriegan el bocao de comida.

—¡Pues váyase cuando le de la regalada gana y no me jorobe más! dijo don Fulgencio exasperado.

—Ve, hora sí que ya no me quedo; yo me iba a quedar por velo como está de apurao, pero hora sí que es verdad que ni con perros de la Gran China.

La vieja, semejante a una furia, hizo un motete de sus trapos entre los que, involuntariamente, iban unos cuantos de ajena procedencia, se cargó a Luzmilda en un cuadril y se largó de la casa llevando a empellones a Rosendo, perniquebrado y lloroso.

Al pasar por el frente de la alcoba donde la pobre doña Soledad arrullaba el rorro,

lanzó en son de desafío esta brutal exclamación:

—¡Animas benditas que se les sale la casa pa que apriendan a tratar a los cristianos! y dando un furioso bote a la puerta, con el que hizo retemblar toda la casa, se echó a la calle con sus dijes y motetes.

*

Don Fulgencio no pudo conseguir chichigua, doña Soledad estuvo *in artículo mortis* a causa del disgusto y el recién nacido fué llamado al seno de Dios al siguiente día, por haber mamado más hiel que leche y más lágrimas que sangre.

Hoy ña Sunció venden tamales en la Puebla; Rosendo aparece mensualmente en el cuadro de honor de la Agencia de Policía, en donde luce su retrato como ratero, y Luzmilda tiene quebraderos de cabeza cada semana con el Jefe de la Profiláxis Venérea.

La Patria, 15-III-96

TAQUILLA, PULPERIA Y TERCENA

✓

COLGADO del desmantelado alero de una casucha de miserable aspecto, un rótulo color plomo ostentaba en letras torcidas y con alineación de reclutas, las palabras «Taquiya, Pulpería y Tersena del...» y en la parte baja, una escena marina en la que grandes olas coronadas de manchones blancos, amenazaban tragarse un barco tripulado por cuatro remeros vestidos de azul y rojo, y un rayo se desprendía haciendo una Z colosal, del fondo de una nube color de ceniza. Yo nunca pude descifrar ese geroglífico; pero me consta que, tanto el propietario como el pintor, convinieron en que aquellos pincelazos querían decir «Trueno».

En las paredes exteriores blanqueadas y con guarda azul, la misma mano que borroneó el rótulo, pintó letreros que decían: «arós carolina, quezo en polvo, zardinas en aceite y con tomate, peje seco, ropa echa, sonvreros de pita, etc. etc.»

Sobre las reglas que coronaban las dos puertas del establecimiento, y en palos y cla-

vos, se mecían al viento y al polvo, jáquimas y alforjas de mecate, sartas de trompos, rollos de cabuya, sondalesas, y una infinidad de artículos menudos puestos a la contemplación del transeunte, al que sacaban un ojo, arrugaban el sombrero o hacían un chichón gordo en la propia jupa.

El interior de «El Trueno» presentaba un aspecto pintoresco, un hacinamiento de objetos nuevos y viejos, útiles e inútiles, grandes y pequeños; casi indescriptible: allá en el suelo, un manojo de escobas extranjeras; acá, rebosando grasa, un tarro de aguarrás; aquí, un barril de frijoles bayos; el saco de azúcar negro con su cucharón de lata y erizado de avispas; el cajón con sal criolla rezumando agua; el rimero de espuelas y frenos, la sarta de guruperas, las ollas, cazuelas y comales herrumbrados colgando del techo, a la par del salchichón negro sudando grasa; los quesos de bola, como soles en tiempo de quema, codeándose con las cinchas de cabuya, rayadas de azul y verde; los atados de dulce en desordenada hilera, forrados en bagazo y hoja de caña, desmoronándose sobre la caja de candelas «Belmont» de a ocho en libra y el queso de Bagaces con su costra de boñiga.

Sobre el mostrador de cedro lleno de cortaduras, raspaduras y enterrerrenglonaduras, la urna de feísimo estilo con sus barillas barnizadas y sus vidrios cubiertos de goterones y polvo, repleta de tiliches, como gargantillas, sortijas de plaqué, caballitos, gacillas, alfileres, pañuelos con «Te amo» y «Tuyo hasta la muerte»: papel de cartas «Congress», sobres amarillos, betún de Masón, jabón de Windsor, leontinas de cobre, cintas de papelillos, pomadas «Filocome» y perfumes de todos los colores del arco iris y de los olores de todos los almizcles, sin exceptuar el pachulí apestosísimo. Clavados en el borde del despacho del guaro, «diacuatros» y «diadoses» falsos; trascendía el olor acre y nauseabundo del tabaco en rama y de la breva Virginia que en un cajón del mostrador yacían entre trapos húmedos, y pendiente de grueso alambre de hierro sujeto al techo por colosal argolla, la balanza de latón con sus anchos platillos y sus cadelinas decoradas por las moscas.

El despacho del licor lo marcaba un pedazo de mostrador forrado de zinc, con su tubo de agua, su vasera verde y su cajón con agujeros, repleto de botellas rojas, pescuezudas, llenas de aguardiente; a los lados brillaban las me-

didas, arrugadas en el fondo, los cristales de aumento y la botella de gotas amargas con su tapón con pluma de gallina.

Las paredes del fondo y laterales, estaban cubiertas de estantería alambrada que soportaba vinos y licores, paquetes, cajas, vasos, latas, manojos y demás continentes repletos de cuanto artículo de comercio hace falta para las necesidades apremiantes del consumo diario. En un extremo, una urna vertical lucía sus entrañas atestadas de pan dulce, pan francés, galletas, biscocho, quesadillas, rosquetes, pasteles de piña y mora, tártaras, enlustrados, polvorones, piezas, pan de rosas, cajetas y un millón de golosinas, sin que faltaran ni el trozo de queso de Turrialba ni la mantequilla lavada del «país.»

En todos los huecos libres saltaba a la vista el consabido «HOY NO SE FÍA, MAÑANA SÍ» y atravesada entre ambas puertas una mugrosísima mesa de madera ordinaria llena de chorriones de esperma y de jarabe, a la que hacían corte cuatro o cinco bancos de palo liso y llano, de tres y cuatro patas siempre cojas; todo para honesto recreo y grato solaz de los marchantes.

Tal era y fué durante varios años la TAQUILLA, PULPERÍA Y TERCENA DEL TRUENO, O

mejor dicho, de Serapio Conitrillo, hombre de cuarenta años muy bien contados, pelo lacio caído sobre la frente, entortado de pomada; bigotillo raquítico como rabillo de alacrán, dientes encaramados, ojos de culebra toreada, nariz de montura inglesa, alma atravesada y corazón mezquino y carcomido por la presunción y la usura. Vestía con ridícula elegancia, y cuando hacía sus salidas dominigueras, parecía mico de organista limosnero, prendido a un garrote de guayacán con puño de peseta guatemalteca. Era el dandy del barrio bajo y el Tenorio de todas las criadas de adentro del vecindario, así como el amigo de confianza de cuanto orillero palomilla gastaba chaqueta en cinco cuabras a la redonda.

A las cinco de la mañana se abrían las puertas de aquella Arca de Noé, y empezaba el despacho de tragos y comestibles.

—Buenos días, don Serapio, écheme una cususa de a diez, con gotas y gabilana, pa quitarme la goma.

—Al mío me le echa mermú.

—Péseme media libra de iztepeque y me mide vara y media de sondalesa.

—¿No jué un cuatro el que le dí?

—No, señor, fué una peseta.

—¿Entonces qué haría yo un cuatro de arbolito que traiba?

—Sepa Judas.

—¿Tiene pan de güevo?

—No hay, pero lleve del chumeca, que es lo mismo.

—¿Cuánto me da sobre este Colis?

—Seis reales a diez el peso por semana de aquí al sábado.

—Eche acá la plata.

—¡Un cinco de café molido, un cinco de queso y diez de arroz del de a quince!

—Son veinte centavos, tome su cinco vuelto.

—Pero este cinco está con güeco.

—Pero así corre, no me moleste.

—¿Qué quería, ñor Rosa?

—Una mecha y una piedra de chispa.

—¿Y usted?

—Que si merca pan de yuca.

—¿Da vendaje?

—Cinco de pan de tres bollos.

—¿Trajo el cinco?

—Jué que dijo mama que el sábado se lo arregla, qu'es que hora no tiene y que le mande también un cinco de panecillos, pero que no sea Caracas ni Matina; que si no hay Nicaragua, que entonces le mande candelas de cebo.

—Decíle a ña Chon que con esto son treinta y cinco y que mañana muere el rebozo, que yo qué.

—Vea, ñor hombre, si no compra el peje, no me lo esté manoseando porque se jiede.

—Ni si juera de oro: ¡tan delicaos!

—¿Tiene una gargantilla pa los dientes, de espina de pochote?

—¿Cuánto importa ese polvero?

—Sáqueme esa pomada pa vela.

—¿Es de azajar?

—No, señor, de mejorana; hay también de miramelindo y rosa te.

—¿Y diai, a mí no me espacha?

—¿Ahí estabas, crespá? ¡Cómo no te había visto! ¡Pues cómo no te he de despachar! ¿Qué se te ofrecía?

—Pos que ya venía por aquello...

—¡Ah! sí; escogé la que te guste; mirá, esta de perlitás es la mejor; llévátela. ¿Qué dijo tu mamá de la serenata?

—Está con tamaña trompa desde que se levantó.

—Yo te la contento; llevale esta lata de salmón y esta.... ¡Mire, ñor hombre, no se arrecueste a la urna porque le quiebra el vidrio!

—¿Vende esas guruperas?

—Sí, señor.

—¡Pues tiene suerte!

—¡Hágame el favor de no venir a cargarse!

Continuaba la eterna jerigonza y el constante entrar y salir, regatear y comprar de todos los criados y concertadas del barrio, de todos los chiquillos de la parroquia y de cuanto campiruso pasaba encargado de comisiones de los caseríos vecinos.

A las seis de la tarde, tocaba ya la parada en la Plaza Principal y comenzando a encenderse los faroles municipales, además de los compradores, iban llegando el maestro Molina, albañil; el renco Chonela, oficial de zapatero; ñor Muñoz, herrero y Luna o ñor Luna, vago de profesión y mal entretenido de afición, algo músico, un tanto leído y un mucho jaraño en toda clase de juegos de ingenio y suerte.

Formaban el invariable cuarto de dominó: Molina con Chonela y Muñoz con Luna; cuarto que casi siempre acababa en borrachera de uno de los cuatro, si no en pendencia de dos o tres de ellos.

—Revuélvame las fichas, Lunita, pero no amarre la doble-blanca.

—Fijense en que el cuatro y tres está rajado.

—Usté lleva la cuenta, ñor Muñoz.

—Doble-cena,... doble-cinco...

—¡Aquí está el doble-cuatro!

—¡Échenos los mistaos, don Serapiol!

—¿Ya la puso, Luna?

—No, señor, no la he soltao.

—¿No tenés ases ni blancas?

—¡Doses y cincos!

—¡Paso!

—Pues a cincos.

—Dominó.

—¿Quién metió este forro?

—Chonela, porque yo jugué el cuatro y blanco.

—¡No señor, adió, conque yo pasé a blancas y ñor Molina puso el cinco!

—¡Pa qu'es eso! ¡si yo fuí el que cerré a treses!

—¡Apúntenos las treinta y siete, Luna!

—¡No, si no hubo juego! ¡Hombre, y el maestro Muñoz pasó a cincos, teniendo el cinco y dos!

—¿Pero hombre, usté está socao?

—¡No me friegue l'alma! Ya viene usté a calentarme; ¡conque yo le socaba a Chonela, y usté sólo poniendo nuevas y getiando!

—Aquí falta la doble-blanca; seguro que la

tiene Luna entre la manga. ¡No hagan jaranas!

—¿Pero vos ves que yo la tengo? ¡No seas tonto!

—A mí no me tratés de tonto, porque vos sos un jaranero, cochino, y no tenés boca con qué hablar.

—¡No seas chanchito! ¡No viste que el dobleblanco estaba durmiendo!

—Pero no se calienten por eso; menelas usté, ñor Molina. ¡Échenos otra ordencita, don Serapio!

Y juegos iban y juegos venían y jaranas y forros y disputas y tragos se menudeaban hasta que sonaban las diez en el reloj de Catedral y los serenos repiqueteaban los pitos. Ñor Muñoz se marchaba en compañía del maestro Molina y Chonela y Luna se quedaban jugando cabras a la ficha mayor hasta agotar la paciencia del físico de don Serapio.

La mujer de Luna, envuelta en su rebocillo de hilo y con semblante angustiado, se asomaba a la puerta del «Trueno».

—¿Está Luna? preguntaba por señas a don Serapio y éste le indicaba que sí estaba, pero que tenía sus tragos.

—Caminá, Rafel, ya son las diez y media.

—Mirá, Valeria, no vengás vos hora a lle-

narme la cachimba de tierra, porque te soplás tu golpe!

—Pero hombre, Rafel, no siás desconsiderao, ¿no ves que el chiquito sigue malo y que hay que trerle la medecina?

—Sí, hombre, Lunita, hágale caso a su señora, hágalo por la familia, insinuaba don Serapio.

—¿Quién dijo güevo pa que usté se entremeta en lo que no le va ni le viene?

—Pero no ve que es que usted está un poco descompuesto y puede venir la policía y....

—Pa eso es con mi plata; ¿le debo algo a algún chollao? ¿Ah...?

—Pero hombre, Rafel...

—Vos callate, zamba de todos los diablos. ¡A mí no me manda nadie!

—Vea, Luna, yo no consiento que en mi establecimiento venga usted a faltar.

—¿Y usté qu'es lo que quiere, ñato, usurero, car'e murciélago, trompechancho, tizón del infierno! ¿Quiere que le saque una muela y lo reviente a la calle? ¡Sálgase si es hombre, so naguas!

Luna, rebotando como un coche viejo, reventaba el dominó en la cara de don Serapio, le arrimaba un banquetazo a la urna de los

tiliches y le «enjoyetaba» las guruperas a su infeliz esposa; Serapio se hacía por un Collins descomunal y Valeria cubría con su cuerpo el de su esposo borrachísimo, a la vez que aullaba y lloraba amargamente.

Intervenía el sereno de la línea, armado de tortol y retaco, se sacaba a Luna con mil y tantas amenazas y dificultades y don Serapio cerraba el establecimiento, previas protestas de ña Valeria de que «mas que juera robao, ella le pagaría los perfuicios.»

Pocas horas después, Valeria lloraba abrazando el frío cadáver de su muchachito de su alma; Luna dormía su borrachera tirado en un rincón; don Serapio soñaba con la conquista de la crespa y el sereno se «desgañataba» en la esquina cantando a voz en cuello: «¡Las doces han dao y ñublao!»

La Patria, 22-111-96.

UNA VELA

ERAN ya las ocho y pico de la mañana y apenas si se paraba un instante el rudo trabajo que, aclarando, había emprendido la familia de ñor Concho Meléndrez, ayudada por peones y «pionas» y allegados de la casa. Se trataba nada menos que de los complicados preparativos de la vela que en la noche debía verificarse allí, cumpliendo con la devoción que ña Regina, esposa de ñor Concho, se había impuesto desde su primer año de matrimonio y la que se dedicaba al Arcángel «San Grabiél».

Ñor Concho con dos peones, «esguazaba» una hermosa ternera de año colgada de una de las cadenas del amplio corredor; yacía ya desangrada y cuelliabierta una chanchilla, sobre la que trabajaba un mocetón del oficio; los zopilotes jalaban tripa en medio patio, disputando las piltrafas a los perros; corría un chiquillo detrás de un pato jadeante, condenado a la guillotina; ña Regina con las muchachas, amasaba medio quintal de harina «Golden-gate»

haciendo rosquillas y panochas que iban colocando con primor en las «cazuelejas» llenas de manteca; Tiburcio encandilaba el horno y alistaba la escoba de ramas verdes para barrer las brasas; otros sacudían las telarañas; los de allá amarraban uruca y «cojollo» en todos los horcones; éstos arreglaban el camarín del Santo con pudreorejas de papel, gallitos de barro de olla, retazos de linó, ramilletes de clavelones y amapolas, sauco y damas, y por todos lados la alegre charla, el dar de voces y las sonoras carcajadas uniéndose al gus gus de los zopilotes, al ladrido de los perros y al cacareo incesante de las gallinas acosadas.

—¡Atájemelo en esa tranquera!

—¡Muchacho de todos los diantres, espantá la cuijen que se está comiendo las empanadas!

—Mire, ñor Raimundo, no se le olvide sacármele la telilla, que es pa un remedio; y no le vaya a reventar la jiel.

—Écheme p'acá ese solomo y la asadura.

—¿Le echastes comino al picadillo?

—Ve que no se le tueste mucho el rostro.

—Corré, trete un diez de ajonjolí, un cinco de anís y dos cabezas de ajo.

—Ese sebo de riñonada déselo a Regina pa un sobo.

—Atizá ese jogón; mirá, echale esa ramazón de guayabillo.

—Meniá bien la mistela de leche y puntiale el tanto de guaro, que no vaya muy cargada.

—¿Tendrá con cinco limetas?

—Ole a quemao.

—¡Apiate la miel, que ya está de punto!

Terminada la primera parte de la faena, ñor Concho, ña Regina y mano Trenidá se reunían en el corredor para resolver el delicado cuanto importantísimo punto del convite.

—Bueno, la comadre Petra y ñor Ureña, dos; mano Chico Piedra con las dos muchachas, cuatro; ñor Vicente...

—¡Mirá, Concho, yo qué! vos sabés que a yo no me va, ni me viene; pero yo que vos, no convidaba a ñor Vicente....

—Entonce, no viene ña María y se calienta Simona.

—Mas que no vengan; pero acordate la soca que se amarró el año pasao y el desorden que hubo; ¿verdá, mano Trenidá?

—El aludido con cara de asentimiento, se entretenía en hacer un hueco en el piso con el dedo gordo del pie derecho y por toda contestación lanzó un pujido.

—Adió, dejate de tonteras, ¿cómo voy hora